

Al Atardecer, por Olga Suniaga Becerrit.

—Este pueblo está maldito.

La primera vez que escuchó esas palabras Edén Aurelia tenía diez años. Se las oyó decir a la señora Magdalena, la cascarrabias de la comunidad. Edén había estado sujetando la mano de su madre camino a la escuela, y cuando esas palabras penetraron en su mente, entonces infantil, recordó haber sentido un escalofrío tremendo bajándole por la espalda. La vieja sonaba realmente asustada y, apenas terminó el murmullo con ojos saltones, trancó durísimo la reja de la puerta de su casa y nunca más la volvió a ver.

—Mi mamá dice que siempre estuvo como medio loca —contaba Miguel, su compañero de clases e hijo de una amiga íntima de su madre, a la mañana siguiente de que hallaran el cadáver de la señora Magdalena—. Así que no te angusties, este pueblucho no es la gran vaina. Lo mejor que podría pasarle sería que le cayera una maldición.

La segunda vez que escuchó la frase habían transcurrido seis años y fue, irónicamente, el propio Miguel quien la dijo.

—Este pueblo de mierda está maldito.

Ambos habían estado sentados juntos en una banca, frente al quiosco de Rita y comiéndose un helado cada uno, admirando el crepúsculo vespertino. Le pareció muy perturbador oír de nuevo esas palabras extrañas en un momento tan apacible. Algo desconcertada, ladeó el cuerpo para mirarle.

—¿Por qué crees eso? —Edén admitía que la pregunta sonó escéptica, hasta se le escapó un resoplido de risa. Había pasado tanto tiempo desde esa ocasión en que las oyó siendo una niña, que ahora le parecía ridículo el concepto de una maldición rondando por ahí. El chico se giró hacia ella y supo al verle la cara que jamás había estado tan serio.

Su voz nunca había tenido una cadencia tan grave o tan mística.

—Cada vez que las farolas se apagan de la nada y las rosas cambian de color... cuando el reflejo al otro lado no eres tú —Él se inclinó, quedando muy cerca, ella incluso podía oler el mantecado en su aliento, ver las pupilas sumamente dilatadas del muchacho—, cuando del cielo cae algo que no es lluvia, estamos en *su* mundo.

—¿En qué mundo? —susurró ella.

En vez de responderle inmediatamente, Miguel se quedó en silencio, pensativo. En su mente, la forma de una casa vacía, abandonada, olvidada. El nombre, ni creado ni destruido, que le hablaba.

A la De Dos Cabezas le gusta habitar en moradas sin alma.

—El otro mundo Edén, al atardecer... es otro mundo.

Miguel la besó al despedirse, sorprendiéndola. Fue apenas un roce de labios y, aun así, pudo sentir que el chico temblaba.

Y al día siguiente, él se suicidó.

La tercera vez que escuchó las nefastas palabras las pronunció ella misma.

No sabía qué la había convencido con exactitud, si el silencio innatural que se establecía con el cese del zumbido de la electricidad, allí sentada en la sala, imaginando figuras invisibles en la penumbra; si había sido lo que veía al asomarse al tambor lleno de agua turbia de la lavadora, una mueca risueña en una cara que no era la suya; si fue haber notado cómo las flores pasaban de un tono carmín a un blanco enfermizo a mitad de la noche. Tal vez fue el sentir su vello erizarse al contemplar a su madre pidiéndole perdón a un santo moribundo, porque *“a ella ya no le gustaba compartir el altar”*. Tal vez fueron las distintas muertes en sucesión, de forma alarmante e inexplicable. O, quizá, fue el ser testigo de cómo

más gente se dirigía después del anochecer en dirección a las montañas, de las velas en los alféizares de las ventanas de un pueblo que lentamente lo estaba perdiendo todo.

Así que viendo a lo que creía era sí misma en el espejo, éste mostrándole ojeras pronunciadas y mejillas huecas, no pudo evitar abrir la boca y decirlo.

—El pueblo... está maldito.

Edén tomó el viejo revólver de su padre por protección, y salió a las calles sabiendo que jamás regresaría, porque no se puede regresar a lo que no es igual, a lo que ya no significa lo que significó alguna vez en el corazón. ¿O se le podía llamar hogar a esa carcasa oscura; vacía y a la vez llena de extraños? Edén sentía su presencia en las esquinas sucias, en la pintura roída; era la tensión constante en sus hombros, la estática en su cabeza. Su casa ya no le pertenecía.

Divisó a su madre introducirse entre la densidad de los árboles al pie de la montaña. La siguió decidida a confrontarla. Sin embargo, al llegar a una especie de claro, se encontró sola en medio del bosque. Frenéticamente escaneó todo el lugar, buscando cualquier indicio. Se adentró un poco más y entonces, pudo verla.

Una estatua de una mujer de dos cabezas.

Edén Aurelia, a sus veintitrés años de edad, se llevó una mano al dije de lo que toda su vida pensó que era una virgen, colgado en su cuello, regalo de su madre, sabiendo que todo lo que le había dicho Miguel ese día era verdad, la réplica en miniatura de la deidad delante de ella quemándole la palma. Y como es habitual, la verdad llegó demasiado tarde, cuando ya no valía la pena levantar el velo de la mentira. Pero la negación era una cosa demasiado dulce, el único consuelo para alguien que estaba a un paso de caer en la desesperación.

Esto no quiere decir nada. No hay otro mundo, no puede haberlo. Todavía no se ha cumplido la última de las señales que Miguel mencionó. Las luces prenderán de nuevo, las rosas sólo serán rojas, los reflejos sólo serán eso y del cielo caerá sólo lo que es natural que caiga de él.

Edén logró encontrar su camino de vuelta, aunque tuvo la sensación todo el rato de que andaba en sentido contrario. Algo no se sentía bien. Salió a la carretera, y se quedó paralizada al percibir el brillo azul y rojo perteneciente a patrullas de policía estacionadas en la lejanía.

De repente, en el mismo instante en que el sol tocaba la línea del horizonte, una suave llovizna la sorprendió. Dejó que la empapara. Y antes de que el último atisbo de luz muriera, levantó una mano frente a sus ojos y observó unos dedos mojados en sangre.

Y aunque esperó, la farola sobre su cabeza nunca se encendió.